



El cuento de Alí el Persa

Ilustrado por Rafael Yockteng & Versión de Jorge Orlando Melo a partir de las traducciones de V. Blasco Ibáñez, Ch. Joseph Mardrus y R. Burton

6

Una noche en que el califa Harun Al Rachid no podía dormir, le pidió a Yafar, su visir, que buscara cómo entretenerlo. Yafar le dijo que tenía un amigo llamado Alí el Persa, que se sabía muchas historias sabrosas, capaces de borrar las penas y calmar las inquietudes. Lo llamaron y le pidieron que contara un buen cuento, de esos que quitan los pesares y adormilan a los insomnes.

Alí el Persa contestó: “Oigo y obedezco; le contaré una historia que no es de oídas, sino que me pasó a mí mismo.

Sabrá Usted, Príncipe de los Creyentes, que hace años decidí irme de Bagdad a recorrer el mundo, con un muchacho que cargaba mis cosas en una liviana bolsa de cuero.

Un día, en una ciudad cuyo nombre no importa, estaba vendiendo y comprando cosas, cuando un desvergonzado curdo vino hasta donde estábamos, agarró mi bolsa y empezó a gritar que era suya, con todo lo que tenía, y que se la habíamos robado.

Yo le dije que estaba seguro de que era mía, porque la había traído desde Bagdad, pero el ladrón no quiso creerme y la



gente, que se amontonó a oír nuestra discusión, me recomendó que llevara el asunto ante el cadí para que nos sirviera de juez.

—¿Qué los trae aquí y por qué están peleando? —nos preguntó el cadí.

Y el curdo se adelantó y dijo —Que Dios proteja a su señoría, pero este persa tramposo dice que trajo esta bolsa desde Bagdad; y eso es mentira, pues yo mismo la saqué de mi casa, y lo que tiene son mis cosas.

—¿Cuándo la perdió usted? —preguntó el cadí.

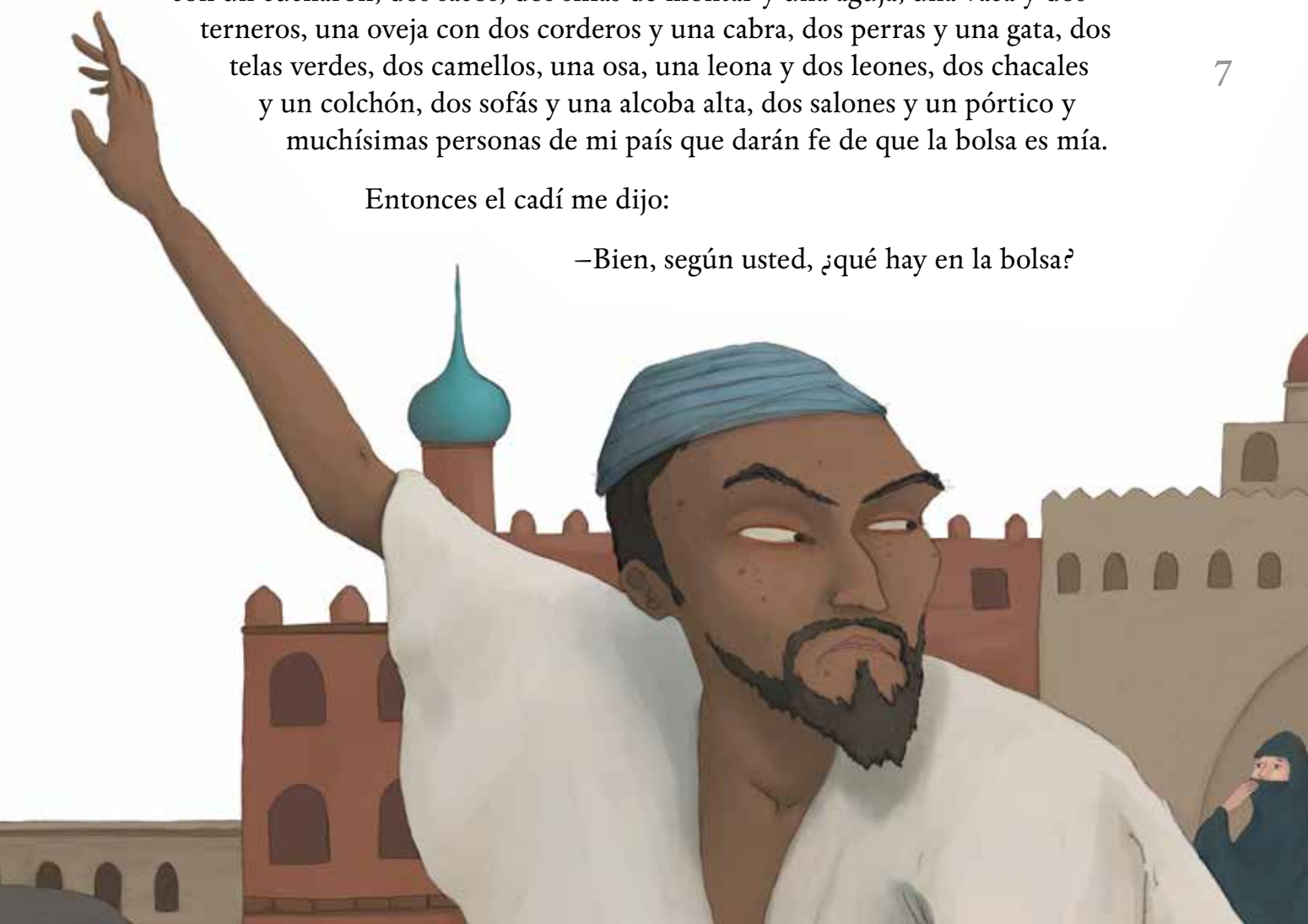
—Ayer —dijo el ladrón—, y por eso no pude dormir en toda la noche.

—En ese caso —respondió el cadí—, dígame qué hay dentro de ella.

—Sí —dijo el ladrón—. En mi saco hay pintura para los ojos y dos pinceles para untarla, dos tazas doradas y dos candeleros envueltos en un pañuelo, dos tiendas de campaña con dos platos, dos cucharas y un cojín, dos tapetes de cuero, dos jarros y una bandeja de bronce, dos platos, dos jarras y un caldero con un cucharón, dos sacos, dos sillas de montar y una aguja, una vaca y dos terneros, una oveja con dos corderos y una cabra, dos perras y una gata, dos telas verdes, dos camellos, una osa, una leona y dos leones, dos chacales y un colchón, dos sofás y una alcoba alta, dos salones y un pórtico y muchísimas personas de mi país que darán fe de que la bolsa es mía.

Entonces el cadí me dijo:

—Bien, según usted, ¿qué hay en la bolsa?



Yo había quedado aturdido por la osadía del curdo y, para no quedarme atrás, dije:

—Que Dios proteja a su señoría, pero, a decir verdad, en el talego no había casi nada: sólo una casita derruida, otra sin puertas y una perrera, una escuela de niños con unos muchachos que juegan a los dados, varias tiendas de campaña con sus cuerdas, una forja de herrero y una red para pescar, y las ciudades de Bagdad y Basora, con el palacio de Saddam ibn Ad, y muchos hombres y mujeres que son testigos de que la bolsa es mía.

—¡Falso, todo eso es falso! —dijo el curdo al borde de las lágrimas—. Todo el mundo sabe que la bolsa, señor juez, tiene los objetos que he dicho y, fuera de otras cosas que no menciono, guarda dos ciudades fortificadas, cuatro jugadores de ajedrez, un cojo y dos paralíticos, dos monjes, dos diáconos y dos frailes, y un juez y dos testigos que probarán que la bolsa es mía.

8 Y el cadí me preguntó: ¿y cual es su respuesta a esto? Yo, muerto de la ira, me paré y contesté: Oh, príncipe de los creyentes: tengo que añadir que tenía en esta bolsa mil carneros y mil perros que ladraban, jardines con flores, hierbas aromáticas, manzanas y brevas, mujeres cantantes y fiestas de bodas y tumulto y ruido, amigos fieles y camaradas divertidos y hombres encarcelados por sus delitos, todo el Irak, y muchas mujeres hermosas, indias, griegas, turcas, curdas, persas y chinas, dos ríos y varias ciudades, y también mil navajas de afeitar, para cortar la barba del cadí, si no me reconoce mis derechos y decide que esta bolsa es mía.

—Cuando el cadí oyó lo que el curdo y yo declaramos, nos miró confundido y dijo: Ya veo que no son ustedes más que dos descarados, dos zánganos maliciosos que se burlan de los jueces y las leyes de este país bendito. Porque en ningún lugar del mundo, ni de China a Bagdad, ni de Persia al Sudán, ni desde Wadi Numán hasta la tierra de Jurasán, nadie ha oído algo parecido; o esa bolsa es como un mar sin fondo o como el día del juicio final, donde todas las cosas, buenas y malas, resucitarán y estarán juntas.

Y, sin más tardanza, me ordenó que abriera la bolsa. Y cuando lo hice, todo lo que apareció fue un pedazo de queso, un limón y dos aceitunas.

—¡Esta no es mi bolsa! —dije—. La mía debe haberse perdido, con todos sus tesoros dentro. Esta debe ser la del curdo. Y se la entregué a éste y seguí mi camino”.

La historia que contó el persa Alí hizo reír sin parar al califa Harún Al Rachid, quien, después de darle a Alí un magnífico regalo, se acostó y durmió en paz.